

HALMA, NOVELA ERÓTICA

La crítica no se ha mostrado, en general, muy interesada en *Halma*, o tal vez ha temido enfrentarse a esta novela, que sin duda presenta oscuridades no fáciles de entender. El hecho es que no existen muchos estudios, ni muy reveladores, sobre ella. Ha sido muy frecuente catalogarla dentro de un período "espiritual" de Galdós, junto con *Nazarín* (como su continuación, a veces) y *Misericordia*. Inclusive en un artículo, publicado en 1898, se llegó a decir que la relación entre *Nazarín* y *Halma* era tan estrecha como la existente entre *Realidad* y *La incógnita*.¹

Pero si tratamos de rastrear este proceso de espiritualización en la vida de Galdós, será difícil encontrar algo que lo muestre. *Halma* fue escrita en 1895, fecha en que don Benito estaba creando y llevando a los foros obras de teatro como *La loca de la casa* (1893), *Realidad* (1892), *La de San Quintín* (1894), *Los condenados* (diciembre de 1894), *Voluntad* (1895), *La fiera* (1896), *Doña Perfecta* (1896), *El abuelo* (1897) y *Electra* (1901). Toda una época especialmente agitada, ya que no se trataba sólo de realizar las obras, sino de esperar sus éxitos o fracasos ante el público (que de todo hubo), revisar crónicas teatrales y contestar muchas de ellas, entrevistarse con actores y directores, etcétera.² Sí es posible que estuviese un poco fatigado de las muchas luchas que tuvo que librar en esta gran actividad pública, pero nada hace pensar que estuviera atravesando por una etapa de misticismo.

Por otra parte sería difícil explicar que un hombre tan anticlerical como Galdós cayera de repente en un estado

¹ Cf. EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO, "Halma, Nazarín y el misticismo ruso", en *La España moderna*, enero de 1898, pp. 147-153.

² Cf. H. CHONON BERKOWITZ, *Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusader*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1948, pp. 262-291.

casi místico. Recordemos algunas de sus afirmaciones en este sentido:

“Yo soy librecultista, partidario de la separación de la Iglesia y el Estado; creo que sin la libertad religiosa no hay libertad de pensamiento, ni nos serviría de nada la libertad de discusión y la de enseñanza, a no ser que nos limitáramos, como nuestros antepasados, a discutir cuestiones indiferentes y hasta ridículas. Es preciso que todo español pueda abandonar la religión que haya profesado, si su razón le dice que no es la mejor, y que si no encuentra otra que le satisfaga, cree otra a su gusto, o se quede sin ninguna. Esto es lo que exige la idea revolucionaria en punto a la libertad religiosa”.³

En una carta a su amigo Pereda, le declaraba: “Carezco de fe, carezco de ella en absoluto. Al principio no me agradaba semejante estado; pero hoy, vamos viviendo”.⁴

Me parece necesario incluir estos datos para comenzar a deslindar algunos de los problemas que *Halma* presenta. Creo que el espíritu de un escritor y su obra son dos cosas estrechamente unidas, que no se pueden separar. Y Galdós opinaba lo mismo: “Y es que la vida del hombre y el trabajo del artista van tan íntimamente ligados, y se compenetran de tal modo, que no hay manera de que por separado se produzcan, sin afectarse mutuamente”.⁵

Por lo tanto, ver *Halma* como la producción de un hombre sumido en sentimientos religiosos me parece un punto de partida discutible. Tampoco creo que la novela pueda explicarse en el sentido que ciertos críticos lo han hecho: como una censura a la religión practicada en los tiempos modernos (siglo XIX en este caso) y como un anhelo de regreso a las épocas primitivas, donde pierdan fuerza los

³ Discurso pronunciado en Las Cortes el 28 de abril de 1869.

⁴ CARMEN BRAVO VILLASANTE, “Veintiocho cartas de Galdós a Pereda”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, octubre de 1970, núms. 250-255, p. 23.

⁵ GALDÓS, *Arte y crítica*, cit., por Berkowitz, *Pérez Galdós, Spanish Liberal Crusader*, p. 1.

los ritos complicados y los religiosos vuelvan a su prístina pureza.⁶

Mi análisis de la obra buscará demostrar que *Halma* no es una novela religiosa. Si hay en ella eclesiásticos —personajes que tanto interesan a Galdós— y figuras que aparentemente profesan una fe, pero todo ello no es suficiente para hacer de ella una novela mística.

Además, creo que es necesario leer *Halma* en dos planos, bien diferenciados si se observan cuidadosamente. En uno, un narrador describe los sucesos y la personalidad de los personajes desde el punto de vista de la sociedad de entonces. Según éste, Catalina está envuelta en la santidad; José Antonio de Urrea es un degenerado; Nazarín, un santo incomprendido; el Padre Flórez, un cura de la aristocracia, todo lo cual puede ser parcialmente —sólo parcialmente— cierto. Los lectores que lo deseen pueden quedarse con este contenido, y me permito pensar que ésa fue la intención de Galdós. Pero si las cosas se analizan con cierta profundidad, se puede ver que el autor da otra opción donde las cosas no son tan simples, y permite ver casi "otra" novela, más complicada y más rica de contenido. Para acercarnos a este segundo plano, me ha parecido necesario analizar individualmente, de manera pormenorizada, a los personajes principales, aquellos capaces de revelar con su comportamiento y reacciones, el otro contenido de *Halma*.

Catalina de Halma

Estamos ante el personaje principal de la novela, alrededor del cual se centra ésta. Galdós lo señala con claridad al dar a la obra su nombre. Lo mismo que hace frecuentemente con figuras destacadas, da una visión pormenorizada

⁶ En este sentido, el artículo de Ciriaco Morón Arroyo, "Nazarín y *Halma*: Sentido y unidad", en *Anales Galdosianos*, II (1967), pp. 67-78, donde se considera a Halma representante de la Virgen María y fundadora de la Iglesia primitiva, y su matrimonio, una condición de esa situación, para que la caridad se practique en familia.

de su vida desde que se inicia, las características de su familia y de su ambiente.

De esta manera se dice, aunque sucintamente, que Catalina de Artal fue la tercera y última hija de los marqueses de Feramor, que quedó huérfana a los siete años y que su hermano mayor actuó entonces como tutor de ella. No sabemos su edad cuando contrae matrimonio; sólo la fecha, 1890. Es curioso que en las primeras páginas Galdós incluye numerosos datos y fechas genealógicas y sin embargo omite otros de cierta importancia: la fecha del nacimiento de Catalina, la de la muerte del esposo, etcétera, que nos permitirían saber los años que duró la unión, la edad de la esposa entonces, y otros detalles de cierto interés. No hay duda de que el escritor no quiere precisiones en algunos terrenos, y prefiere dejarlos en un espacio indefinido.

Sí, desde el principio, se precisa lo más característico del carácter de la muchacha: "su orgullo y terquedad", su alma templada, "valerosa y sublime", sus ascos "al vil metal", su "alma fuerte".⁷ Todo lo cual explica las circunstancias de su matrimonio, rechazado violentamente por sus hermanos (por considerar indeseable al pretendiente) y llevado a cabo, finalmente "por intervención judicial". Aunque no sabemos la edad de Catalina (probablemente muy joven), sí se puede advertir un temperamento férreo en verdad, para haber impuesto su voluntad ante impedimentos tan fuertes.

Del marido, el conde de Halma-Lautenberg, agregado de la embajada alemana, hace Galdós un breve esbozo. Desde esta primera parte de la narración puede verse cómo se manejan los dos contenidos, o las dos visiones de los hechos, dentro de la novela: la voz de la sociedad, la cual, mediante una cierta ironía, permite oír otra voz, muy abajo, que no coincide con ella.⁸ Cuando empiezan las desventuras de la

⁷ BENITO PÉREZ GALDÓS, *Halma*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1977, pp. 579-580. Todas las citas de la novela se harán por esta edición.

⁸ Es interesante ver semejante procedimiento usado por Juan Goyti-

nueva pareja, rota "toda relación con sus hermanos", la sociedad "no veía en todo ello más que la mano de Dios castigando duramente a Catalina de Artal por la amorosa demencia que la llevó a casarse con un advenedizo" (p. 579).

La sociedad considera a Carlos de Halma-Lautenberg "hombre sin seso y desordenadísimo en sus ideas, desatado de nervios y habitante aburrido de las regiones imaginativas". Pero no sólo eso, sino "pobre, con el título pelado y sin más renta que su sueldo, pelado también". Y lo peor, "la opinión del mundo, que rara vez deja de equivocarse en sus precipitados y vanos juicios, había contrahecho la persona moral del señor conde, pintándole en los círculos de Madrid con colores de malicia. Parte de esta reputación estaba en "la volubilidad de sus ideas, la ligereza de sus juicios, sus distracciones que llegaron a formar un verdadero centro anecdótico; sus displicencias negras alternando con hervores de loco entusiasmo por cualquier motivo de arte o amoríos, su prolijidad machacona en las disputas y un sinnúmero de manías, algunas de las cuales no le abandonaron hasta la muerte". En resumen, "medio loco", según unos, y "loco entero" según otros (pp. 579-580).

Pero Galdós, haciéndose portador de la segunda voz, y con cierta ironía, deshace algunos de esos conceptos: "Al historiador de conciencia, bien enterado de su asunto, toca borrar toda falsedad con que los habladores y envidiosos ennegrecen un noble carácter. Eso hago yo ahora, asegurando que Carlos Federico de Halma era un bendito y que la investigación más rebuscona y pesimista no encontraría en su conducta, después de casado, ninguna tacha" (p. 580).

Destituido de su cargo diplomático a causa de "la mala opinión de su gobierno cerebral", pobre y enfermo de tisis después, muere en la isla de Corfú, no sin antes, por medio de un sueño, revelar algo más sobre sí mismo. Se trata de

solo en *Señas de identidad*, insertando páginas entrecomilladas como la voz de la sociedad, que enfoca los hechos desde su punto de vista, opuesto al del narrador. Claro que en la obra de Goytisolo esta voz es claramente perceptible y se advierte sin ningún análisis.

un sueño de viajes, característico de muerte inminente,⁹ donde aparecen términos opuestos: Asia Menor (Troya) y Palestina (Galilea); Homero y Cristo. Oposiciones que, simbólicamente, representan contradicción entre impulsos, un conflicto de la voluntad.¹⁰ Si parte de estos conceptos diferentes se fusionan, Homero y Cristo podrían convertirse en un ideal utópico, el término de la búsqueda, finalmente, el Padre. Teniendo en cuenta que los sueños de contenido aparentemente claro son "realizaciones disfrazadas de deseos reprimidos",¹¹ nos encontramos a Carlos-Federico en busca de un "amo": ¿Por qué buscar un "amo" ideal? "Los «dominios» y los «poderes» existen siempre; no nos es dable producirlos ni hace falta que lo hagamos. Sólo es de nuestra incumbencia la elección de «amo» al que deseamos servir, para así protegernos contra el dominio de los «otros»".¹²

Todo lo anterior nos revelaría a un personaje semejante —en algunos términos— al descrito por la sociedad, pasivo, "desgovernado", megalómano. Junto a la personalidad de Catalina, "terca", "valerosa", "de alma fuerte, templada", podemos suponer un desequilibrio en la pareja, a pesar de la voz, que me atrevo a tildar de discretamente irónica, la cual subraya en distintas ocasiones "la íntima felicidad" [que] "compensaba de tanta desdicha del orden externo".

El peregrinaje de Catalina de regreso a la casa fraterna (su única posibilidad de supervivencia), descarnada y envuelta en harapos, corona el cúmulo de sufrimientos físicos y materiales, y le hace emprender una vida diferente, que no había deseado.

Un nuevo enfrentamiento entre Catalina y su hermano, el Marqués de Feramor, se declara. Pero esta vez ella es

⁹ "La muerte inminente es reemplazada en el sueño por la *partida* o por un *viaje*". SIGMUND FREUD, *Los sueños*, en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, t. II, p. 2215.

¹⁰ Cf. SIGMUND FREUD, *La interpretación de los sueños*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, vol. I, p. 38.

¹¹ *Id.*, p. 51.

¹² CARL GUSTAV JUNG, *Psicología y religión*, México-Buenos Aires-Barcelona, Paidós, 1988, p. 141.

mucho más cauta y adopta una actitud diferente. Durante un mes se recluye en sus habitaciones, en el piso superior de la casa, cerca de sus sobrinos, negándose a ver a nadie, vestida con ropa sencilla y sin querer planear su vida.

Galdós describe con gracia al Marqués de Feramor, haciendo énfasis en su infancia. Interno en los Escolapios y muy apreciado por ellos, conocido entre sus compañeros como "el viejo", "coleccionaba sellos, cultivaba la hucha y se limpiaba la ropita. Recogía del suelo agujas y alfileres y hasta taponés de corcho en buen uso. Se cuenta que hacía cambalaches de tantas docenas de botones por un sello de Nicaragua y que vendía los duplicados a precios escandalosos" (p. 584). En este momento de la narración es un hombre rico, próspero y estimado, anglófilo y rígido. Y, por supuesto, dominante. Quiere regir los destinos de su hermana (a ser posible, un nuevo matrimonio), y conserva parte de la herencia de ella.

La actitud de Catalina, durante este período, es "melancólica". En tantas ocasiones la describe Galdós con esta palabra, que no podemos pasarla por alto.¹³ La melancolía toma una parte de sus características del duelo, y es una reacción a la pérdida de un objeto erótico. Pero existe un duelo normal y un duelo patológico que es aquel al que la melancolía se suma. La pérdida del objeto erótico es una excelente ocasión para que surjan las ambivalencias de la relación amorosa. La melancolía va más allá de la pérdida por muerte: incluye todas las situaciones de ofensa, desengaño, humillación, que se hayan experimentado con el objeto amado, haciendo nacer sentimientos de amor-odio, que el melancólico no puede aceptar y que vuelca contra sí mismo, castigándose por ello.¹⁴ Creo que todo lo anterior

¹³ "Catalina estuvo melancólica y amable". "¿No es bastante duelo?", le pregunta su hermano; "aún tenemos melancolía y soledades para un rato"; "encontrábala sumergida en una melancolía profunda y tenebrosa" (*Halma*, pp. 590, 587, 604).

¹⁴ Cf. SIGMUND FREUD, *Duelo y melancolía*, en *Obras completas*, t. II, p. 2096.

aclararía un poco la relación que Catalina había tenido con Carlos Federico, y cómo, por lo menos de una manera inconsciente, lo culpa de sus desdichas.

Ferámor presiona a su hermana para que tome una decisión sobre su vida, y para ello acude al Padre Flórez, antiguo amigo de la familia, en cuya primera visita a Catalina —que Galdós no describe— invierte una tarde completa. Algo ha pasado en aquella entrevista, pues Flórez ha quedado subyugado por las razones de la dama, y convence a su hermano de que le entregue la dote completa. El entusiasmo que Catalina —o sus proyectos— han producido en el religioso ha sido súbito y definitivo. La noticia de la riqueza obtenida por la condesa de Halma trasciende a la sociedad, y a un parásito de ella, José Antonio de Urrea, pariente de los Artal, que decide explotar a su prima lo antes posible.

Galdós ofrece un retrato físico de la protagonista; aunque no “hermosa, por lo menos según el estilo mundano de hermosura”, es una mujer atractiva, principalmente por sus ojos, “el recreo de cuantos la miraban”, su labio inferior “demasiado saliente” (¿sensual?), su tez “mate y limpia” y su “estatura talluda” (p. 583).

En el capítulo IV de la Segunda parte, la novela —la personalidad de Catalina— ha dado un giro violento, inesperado tal vez. Cuando Flórez la visita, como usualmente hace, en lugar de encontrarla como “un Dante pensativo”, leyendo obras piadosas, “anegada, silenciosa y ceñuda”, la ve correteando de un lado para otro, sus ojos apagados brillando “con un fulgor de fiebre”; sus mejillas macilentas “habían tomado un rosado tinte, como si volviera de un paseo por el campo, harta de sol y aire” (p. 604). Un cambio físico llamativo, que no puede ser sino la respuesta a un cambio interior. Dos causas han hecho que Catalina vuelva a la vida, y la primera se sabe inmediatamente: Ha recibido la visita de su primo José Antonio de Urrea. El propio Flórez se asombra ante el cambio, interroga, pregunta, pero Catalina reconoce que no puede explicar lo que ha ocurrido en su alma.

Me parece importante tratar de entenderlo, porque a partir de tal cambio la novela toma un nuevo rumbo y se encamina hacia un final que podría esperarse. Catalina, como muchas de las mujeres que pueblan las obras de Galdós, es un personaje enormemente vital y humano; su carácter es fuerte y provisto de grandes dotes de mando (de las que hablaremos después). Por sus circunstancias vitales, sus instintos se han retraído, y aparentemente es un sujeto pasivo. La libido de Catalina, que actuó con gran energía al realizar un matrimonio por amor, en contra de la familia y de la sociedad, lleva sin duda mucho tiempo reprimida. "Los instintos sexuales —ha dicho Freud— nos sorprenden por su plasticidad, por la capacidad de cambiar de fines, por la facilidad con que una satisfacción se deja sustituir por otra y por su facultad de aplazamiento, de la que nos acaban de dar un excelente ejemplo los instintos de fin inhibido".¹⁵ Hasta este momento, Catalina había sublimado todas sus tendencias eróticas hacia fines aparentemente espirituales.¹⁶ Sin embargo, esos fines no son más que una forma de desviar la tendencia, no de aniquilarla. De manera que cuando el fin primitivo surge, aunque sea inesperadamente, la libido toma su dirección antigua y se encamina hacia él. Es claro que todo esto sucede de manera inconsciente en Catalina, pero no hay duda de que Galdós, con su intuición psicológica, está muy al tanto de los cambios profundos que en ella se realizan, y deja al lector superficial en la incertidumbre, con objeto de acentuar la emoción de la novela. A partir de este momento se puede observar una erotización de los personajes y de los sucesos, más o menos visibles según las circunstancias.

¹⁵ SIGMUND FREUD, *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en *Obras completas*, t. III, p. 3155.

¹⁶ "El destino más importante de los instintos parecía ser la *sublimación*, en la cual son sustituidos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético": SIGMUND FREUD, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, en *Obras completas*, t. III, p. 2675.

El cambio de Catalina le permite no sólo liberar su instinto sexual, sino que levanta parte de su represión y se abre a las demandas de su ser. En la misma escena revela sus tendencias agresivas, sus deseos de venganza. "Experimento, créalo usted, como un secreto anhelo de venganza. . . ¡Sí, quiero vengarme de mi destino, que a tantas privaciones me sujetó y tantas amarguras me hizo pasar!" (p. 606). Parte de este "destino" es, por supuesto, el hermano rico y dictatorial, que lo ha manejado en lo que ha podido. Y parte de la venganza va dirigida contra él, como expresa Catalina con bastante claridad: "Es una venganza en la cual confundido a mi destino y al mismo dinero [. . .] Las leyes económicas de mi hermano me parecen una de las más infames invenciones del género humano" (*id.*). Y, efectivamente, de ahí en adelante, veremos que muchas de las actitudes de la viuda no responden sino al deseo de vengarse de su hermano.

Pero de su hermano, no sólo como individuo aislado o personaje de su propia familia que se ha opuesto a su voluntad, sino como parte de una sociedad a la que abiertamente desprecia y de la que se niega a formar parte. Por eso Catalina usa la religión como única arma para lograr sus fines. No acepta una orden religiosa preexistente: necesita una nueva, creada y regida por ella misma, para que nadie le imponga obligaciones y leyes que no desea. Su amor por Urrea está oculto por sentimientos "místicos", y adquiere la forma protectora y maternal que éstos admiten.

Al reencontrarse los dos primos han revivido una infancia común feliz, con un amor incipiente, probablemente truncado,¹⁷ que ha sido suficiente para que dos almas soli-

¹⁷ "Pues mire usted: yo era mucho más traviesa que Pepe Antonio, yo solía tener malicias inocentes, eso sí, pero malicias, y él no, él parecía un santito en agraz; y no es que fuera hipócrita, no; era la bondad misma, la pureza y la abnegación. Un día se quitó la camiseta para dársela a un niño pobre. Todo lo daba, no era glotón ni avaricioso, ni envidiosillo como todos los chicos. Mis faltas las tomaba para sí, y se dejaba castigar para que no me castigaran" (p. 608).

tarias reanuden lazos sentimentales. A partir de ahí Catalina comienza a dedicar a Urrea atenciones un tanto incomprendibles en una "fundadora" dispuesta a altos fines espirituales: invierte horas de sus días en coser sábanas y ropa de comedor para él. La palabra "ajuar" con que se refiere a su tarea (relacionada con himeneo) reflejaría sus deseos inconscientes.

Dos actitudes de la dama reforzarían todo lo anterior: Una, la facilidad con que perdona a su primo su "última maldad", casi un sacrilegio hacia su difunto esposo, con cuyo cadáver (su traslado a España) planea un negocio sucio, explotando a la propia Catalina. Otra, la curiosidad de ésta por saber de otras mujeres en la vida de José Antonio,¹⁸ su insistencia en que le confiese todo y, finalmente, sus órdenes irrefutables de que las abandone cuanto antes: "Prométeme cortar en absoluto y para siempre, con propósito de no reincidir, esas relaciones infames, y yo te doy el dinero que necesites para tu completa liberación" (p. 632): Y Urrea promete y promete. Y cumple. Cumple enloquecido por su prima, a la que ve como un ser inmarcesible, superior. Se convierte, además, en su caballero andante, defendiéndola de los ataques de la sociedad, que comienzan a ser violentos.¹⁹

Ésta es la primera "conversión" que Halma realiza. A partir de ella el Padre Flórez queda totalmente convencido —si no lo estaba ya— de la santidad de ella, de la inmensa

¹⁸ "Veo en derredor tuyo enjambre de mujeres, a quienes sólo llamaré desgraciadas, porque no hay más desgracia que perder el pudor" (p. 631).

¹⁹ "La de San Salomé dice que eres una hipócrita, y que las visitas que me has hecho esta mañana para arreglarme el cuarto no pertenecen al orden de la beneficencia domiciliaria [...] Lo que yo siento es furor de venganza al oír tales infamias. Sería feliz si pudiera retorcerle el pescuezo a la bribona que tal piensa y dice [...] Yo me pelearía con todo el que no te confesase como la virtud más grande y más pura que conocen Madrid y España entera; y haría morder el polvo al que pudiese en duda tu santidad, tu honestidad, tu entendimiento soberano" (pp. 614 y 615).

perfección de sus proyectos, y se convierte en su admirador ciego, admirador de todos sus planes, por absurdos que parezcan. Uno de ellos, buscar a Nazarín y sus seguidores, para ponerlos en contacto con la "fundadora".

La figura de don Manuel Flórez es muy importante para Halma. Como religioso de virtud intachable y como confesor y consejero de la más alta sociedad, es un personaje de solidez, que pone límites —a la par que apoya— las demandas que ella maquina y que poco a poco va a ir expresando. Es, si se me permite la definición, una especie de super-yo, no excesivamente exigente y comprensivo al mismo tiempo. Cuando muere, Halma ha realizado ya sus planes y la presencia de él no es necesaria.

Los sentimientos agresivos de "la fundadora" hacia la sociedad; representada en primer lugar por su hermano y su cuñada, son ya evidentes. Busca enfurecer al marqués, y lo logra con creces; desprecia todos los convencionalismos sociales, siempre protegida bajo la capa de la santidad: además de visitar la casa de su primo cuando le viene en gana, sale de noche con él (a visitas piadosas, claro); se declara defensora de Nazarín, en ese momento personaje de moda, discutido por toda la aristocracia, y, finalmente, se lo lleva a la finca de Pedralba, entregada por su hermano, donde va a establecer su "reino".

Me parece importante subrayar una característica sobresaliente de Halma, ya revelada en su primer matrimonio y evidente en todas sus actitudes: su afán de dominio. Necesita imponerse a cuantos la rodean, y busca, por todos los medios, lograr sus fines. Así lo expresa Galdós: "En suma, que si al principio Halma parecía una reina constitucional a la moderna, que reinaba y no gobernaba, poco a poco iba sacando los pies de las alforjas y picando en absoluta soberana" (p. 609). De esta manera, organiza magistralmente su vida para que transcurra según sus propios deseos: Se aparta de una sociedad a la que desprecia y va a constituir otra que quedará, absolutamente, bajo su férula. El único personaje indomitable, su hermano (de materia semejante

a la suya), quedará alejado y sin oportunidad de ejercer su fuerza. Así Catalina puede referirse tranquilamente, al hablar de Pedralba, a su "pequeño reino" (p. 635).

Galdós ofrece una graciosa escena simbólica para subrayar lo anterior; cuando Halma planea, con el Padre Flórez y Urrea, llevarse a Nazarín a sus posesiones, empuña de repente "el bastón de Urrea para reforzar el gesto decidido con que acentuaba la palabra" (p. 526). El bastón, símbolo de poder y símbolo masculino también, representa, en manos de esta mujer, su fuerza, su voluntad de posesión y su superioridad, en este sentido, sobre su primo, medida de fuerzas en que éste queda en evidente desventaja.

El deseo de dominio, tan arraigado en Halma, tiene varios posibles orígenes. Puede surgir ante estados de indefensión y también como protección ante el menosprecio. En unas ocasiones actúa como válvula de seguridad, mediante la cual se descarga cierta hostilidad. Hostilidad que surge en personas cuya autoestima ha sufrido humillaciones, y que necesitan desquitarse. Las tendencias de dominio no son visibles siempre; muchas veces están revestidas de una profunda generosidad.²⁰ Catalina, ciertamente, ha sufrido humillaciones de todo tipo desde su matrimonio, y posiblemente desde antes. En el tiempo en que la narración transcurre, se puede ver el desprecio que su hermano, su tutor desde los siete años, siente por ella. En varias ocasiones se refiere a sus "cortos alcances" y a la deficiencia de sus facultades intelectuales (p. 558). "Tú no posees ni ese capital encefálico que se llama razón" (p. 589), le dice en otra ocasión. A don Manuel Flórez le advierte de la falta de cacumen de su hermana, de su escasa inteligencia, etcétera (pp. 594-595). Las circunstancias que rodearon el casamiento de Catalina, las privaciones y estrecheces de todo tipo que en Europa pasó, han sido suficientes para originar en esa personalidad fuerte una visible ansia de dominio, una clara hostilidad hacia la sociedad, y deseos de venganza con-

²⁰ Cf. KAREN HORNEY, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Paidós, 1974, cap. X, pp. 135-154.

tra los que tanto han ofendido su carácter orgulloso. Pero Catalina, contrariamente a la consideración en que su hermano la tiene, sabe resolver su vida y manejar las circunstancias. Don Manuel Flórez, impuesto por su hermano para dominarla, es conquistado inmediatamente, e inclusive se vuelve contra Feramor. No hay duda de que la dama tiene sus metas, más ocultas que visibles, y dirige su vida como ella quiere.²¹

Cuando don Manuel muere y Halma se va a Pedralba con los primeros pobladores, la novela está casi concluida; todo está determinado para su final. Halma no quiere llevarse a su primo y lo deja en Madrid, con el corazón desgarrado. Es evidente que no está completamente segura de él y que quiere probarlo. Pero probarlo, no en sentido religioso, sino en su amor hacia ella. Sólo alejándolo puede saber si vuelve de nuevo a "ese enjambre de mujeres" o si definitivamente la elige a ella. Curiosamente, algunos críticos han visto lo anterior como una purgación religiosa.²²

La última prueba tiene lugar en Pedralba, cuando el impaciente enamorado se presenta allí sin autorización de su prima y ella —a pesar de estarlo esperando— lo despide: "Ahora, José Antonio, te vas por donde has venido, y sin mi permiso no vuelvas acá, ni abandones las ocupaciones a que deberás una independencia honrada" (p. 652). Sin embargo, no obedece y es sometido a las últimas pruebas, ya muy sencillas para él. Pero la blandura con que Catalina acepta la desobediencia es clara muestra de que el final se acerca. La intriga final, que amenaza la presencia de Urrea en la "ínsula", muestra a Halma totalmente decidida a conservarlo a su lado, aunque peligre su honra.

²¹ "La actitud fundamental hacia la vida determina la manera en que se resuelven los problemas individuales; conduce, por ejemplo, a dominar a otros seres por medio de la debilidad y el sufrimiento": KAREN HORNEY, *El nuevo psicoanálisis*, México, FCE, 1974, p. 84.

²² "La entrada en este ámbito de exoterismo religioso y de transformación del ser requiere toda clase de pruebas que muestren el temple de su nueva complejidad moral": GUSTAVO CORREA, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1962, p. 184.

Ante una situación de peligro para su estabilidad, Catalina consulta a Nazarín, con evidentes resultados, pues es él quien resuelve el problema. Sus palabras son la síntesis de lo que se ha venido viendo hasta aquí: "El ardor de la vida mística no lo tiene usted más que en su imaginación, y esto no basta, señora Condesa" (p. 675). Inmediatamente después añade que lo que tiene ella que hacer es casarse, y la reacción de la dama no se hace esperar: "Lanzó la Condesa un grito gutural, y llevándose la mano al corazón, como para contener un estallido, cayó al suelo atacada por fieras convulsiones" (p. 676).

Escena clave para mostrar el estado en que Halma se encuentra. Es la descripción precisa de un ataque de histeria, donde, entre otros síntomas, se pierde el sentido y empiezan grandes convulsiones.²³ ¿Por qué surge este ataque? Es bien sabido que parte de un conflicto sexual. Las exigencias sexuales, cuando son totalmente inaceptables para un individuo, son reprimidas con objeto de protegerlo de la tentación o para satisfacerlas únicamente en forma simbólica. "La esencia de la represión consiste exclusivamente en rechazar y mantener alejados de lo consciente a determinados elementos".²⁴ Los instintos pueden quedar totalmente reprimidos o pueden aparecer disfrazados de afectos "puros". Por eso es frecuente que "las histéricas se dediquen al cuidado de los enfermos, de los desvalidos, de sujetos de los que puedan recibir afecto y les permitan sentir su superioridad. Eso les imprime una fingida religiosidad".²⁵ El ataque histérico, además, revela características masculinas insinuadas ya en la infancia (recuérdese el carácter imperativo de Catalina).²⁶

²³ Cf. SIGMUND FREUD, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras completas*, t. I, pp. 39-168.

²⁴ SIGMUND FREUD, *La represión*, en *Obras completas*, t. II, p. 2054.

²⁵ ENRIQUE GUARNER, *Psicopatología clínica*, México, Porrúa, 2ª ed., 1984, p. 107.

²⁶ "En definitiva, el ataque histérico, como la histeria en general, restablece con la mujer parte de actividad sexual que hubo de existir

Cuando Halma se recupera, reconoce tácitamente todo lo anterior: "Esa idea de que yo me case me andaba rondando el alma, sin atreverse a entrar en ella, porque yo la tenía ocupada por mil artificios de mi vanidad de santa imaginativa y de mística visionaria [...] Un sentimiento existía en mí, de que apenas yo misma me daba cuenta, tan agazapadito estaba el pobre en un rincón de mi alma" (p. 677).

¿Qué significa Nazarín en la vida de Halma? Su relación con él es bastante lejana; yo diría que imaginativa. En el momento del reencuentro con su primo, cuando su erotización se inicia, sabe —por labios de él— de la existencia del religioso. Pero lo más interesante es que ya había oído mencionarlo, días antes, en la mesa de su hermano, sin causarle entonces el menor interés: "Por ser cosa que andaba en los periódicos debió de parecerlo de interés vano y pasajero" (p. 590). Desde el momento que sabe de él a través de José Antonio, nace un interés que se canaliza a través de don Manuel Flórez. Probablemente Catalina no lo conoce en persona hasta que se lo lleva a Pedralba. El interés de Catalina por Nazarín es parte de la curiosidad que la sociedad experimenta hacia esa figura. Pero en la dama hay, además, una idealización que podríamos calificar de fantasía. Como tal, es preciso recordar que el origen de las fantasías está en los instintos insatisfechos, y "cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria".²⁷ Los deseos que impulsan las fan-

en ella durante los años infantiles, dejando vislumbrar por entonces un carácter estrictamente masculino. Puede observarse con frecuencia que precisamente aquellas muchachas que hasta los años inmediatos a la pubertad mostraron naturaleza e inclinaciones algo masculinas comienzan a enfermar de histeria a partir de la pubertad. En toda una serie de casos, la neurosis histérica no corresponde sino a una intensidad excesiva de aquél típico impulso represivo que, suprimiendo la sexualidad masculina, hace surgir a la mujer": SIGMUND FREUD, *Generalidades sobre el ataque histérico*, en *Obras completas*, t. II, p. 1360.

²⁷ SIGMUND FREUD, *Psicoanálisis aplicado*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 12.

tasías pueden variar mucho, pero es posible reunirlos en dos grandes grupos: deseos ambiciosos, que buscan la elevación de la personalidad, y deseos eróticos:

En el caso de Halma creo que hay una mezcla de ambos; pero sin duda encuentra en el perseguido religioso cualidades místicas que ella intuye no poseer y que desearía hacer suyas. Ante sus dificultades de ponerse en contacto directo con él, busca a Beatriz, su incondicional seguidora, ya absuelta por la justicia. Entre las dos nace una estrecha amistad, que sólo podría explicarse a través de "el vivo interés por Nazarín" que ambas comparten (p. 650). Beatriz se convierte en la ciega admiradora y esclava de Halma.²⁸ No hay duda de que con Beatriz ha querido Galdós presentar un personaje patológico: aunque separada de Nazarín, lo presente en visiones ("le ve en espíritu y siempre que quiere le hace revivir en su imaginación", p. 621); y sufre también ataques esporádicos ("su constitutivo mal espasmódico", p. 671), que aparecen y desaparecen y que, aparentemente, no son sino episodios histéricos también.

José Antonio de Urrea

El doble lenguaje que usa Galdós en *Halma*, el de la sociedad y el otro, que puede ser el suyo propio, está de nuevo en funciones para describir a este personaje. Desde el principio Galdós afirma que "era más desgraciado que perverso" (p. 547). Sin embargo, la sociedad, encabezada por su primo Feramor, lo califica casi siempre de "perdido", "pillo", "embaucador", "un punto terrible", etcétera.²⁹ Es curioso que algunos críticos hayan aceptado sin discusión

²⁸ "¡Y yo —exclamó Beatriz presa de una súbita exaltación, levantándose— digo que tú eres una santa, y que yo te adoro! Cayó a sus pies como cuerpo muerto y se los besó una y otra vez" (p. 670).

²⁹ Galdós nos hace saber que "el Marqués le profesaba una antipatía que a veces era mortal odio y había hecho los imposibles por mandarlo a Cuba, a Filipinas, al fin del mundo" (p. 597).

esta voz social y lo califiquen todavía más duramente que ella, como un sujeto en el peldaño más bajo de la perdición moral, "rechazado por sus propios parientes", "degenerado moral", etcétera.³⁰ Galdós explica el origen de su estado presente a partir de su orfandad; sin embargo hay una evocación de la madre —la tía Rudesinda de Halma— como figura tierna y cariñosa (p. 608).

Es posible que la figura de Urrea esté inspirada —lejanamente inspirada— en una de carne y hueso, como es tan frecuente con muchos de los personajes que pueblan las obras de Galdós. Walter T. Pattison refiere la historia de un hombre cubano de vida disipada, Francisco Bru, emparentado con los Marqueses de Comillas, que al quedar en la miseria emprendió un negocito de placas fotográficas, y al cual una señora desconocida regaló cien mil pesetas. Pero Bru no se regeneró, ni tuvo relación con dicha señora.³¹ El parecido, pues, entre Bru y Urrea es lejanísimo, aunque, según palabras de Pattison, en la obra de Galdós "no hay un sólo modelo único de ningún personaje principal; más bien el autor amalgama sugerencias de varios modelos, consciente o inconscientemente".³²

Otro detalle que podría ser significativo es la cuidadosa mención del nombre de la calle en que José Antonio vivía: calle del Olivar (p. 613). Y el propio Galdós, al poco tiempo de instalarse en Madrid habitó en la calle del Olivo. (Cf. BERKOWITZ, *Galdós, Spanish liberal crusader*, p. 46). ¿Habría alguna posible identificación entre Urrea y el propio Galdós?

Si nos situamos estrictamente en el texto galdosiano, veremos cómo este joven, que necesita dinero, enterado de que Catalina ha recibido su dote, decide visitarla con objeto de

³⁰ GUSTAVO CORREA, *El simbolismo religioso*, p. 181.

³¹ Cf. WALTER T. PATTISON, "Verdaguer y Nazarín", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 250-1-2 (octubre 1970-enero 1971), *Homenaje a Galdós*, pp. 544-545.

³² *Id.*, p. 545.

obtener fondos de ella. (Como Bru, ha montado un pequeño negocio de fotografía, ha fundado una revista y, a diferencia de Bru, acaba de enderezar el rumbo de su vida). La entrevista de los dos primos no la describe Galdós, sino los efectos posteriores a ella. Por la forma en que ambos reaccionan, podemos suponer una especie de "flechazo" mutuo, aunque sin duda en Catalina, además de los sentimientos libidinales, se mezclan ciertas intenciones de vengarse de su hermano, sabedora de que éste odia a su primo.

Poco antes de la entrevista, Urrea ha tenido un sueño revelador (p. 602). No hay duda de que dos hechos recientes le han alterado: uno, la presencia de su prima en Madrid (a la que no había visto desde la infancia), ya viuda (y libre); otro, la presencia, junto a ella, de dinero (su posible salvación económica y moral). Con ello se relaciona su sueño, erótico, sin duda, y, además, "la realización de un deseo inconsciente",³³ como todo sueño. Se inicia con un cañonazo, lo cual puede significar sorpresas próximas, pero también aludir a los "golpes de la suerte" que José Antonio comienza a obtener. El abrazo del Padre Flórez (profundamente ligado a Catalina), está relacionado con ésta, y de ahí lo placentero. La escena en que Halma saca de un bargueño una arqueta llena de billetes y se la ofrece a él y a Nazarín allí presente, incluye tres símbolos sexuales femeninos.³⁴ El cura la rechaza, con un gesto que impresiona agudamente al soñador. En la segunda parte, José Antonio sueña con los bienes adquiridos por medio de esos billetes, minas, casas, ferrocarriles (de nuevo símbolos sexuales femeninos, incluido el útero materno). Es decir, por medio del dinero (el que va a pedir), se pondrá en contacto con

³³ SIGMUND FREUD, *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, II: "Los sueños", en *Obras completas*, t. II, p. 2261.

³⁴ Los objetos que representan cavidades, como cajas, arcas, cofres, etcétera, representan el aparato genital de la mujer. Ciertos símbolos, como armarios y estufas, representan más bien el útero materno. Los objetos de papel (billetes) son también símbolos femeninos. (Cf. FREUD, *Id.*, pp. 2216-2217).

su prima y la hará suya. Nazarín, subyugado también por Halma, forma parte del triángulo erótico, pero rechaza la oferta, (tal vez por su acendrada pureza) y deja así de ser un rival peligroso.

En las horas que pasan entre el sueño y la visita a su prima, Urrea queda en un estado anímico tan exaltado, que parecería difícil pensar que se debiera sólo a la proximidad del hipotético dinero: "Más que gozoso, ebrio de entusiasmo y felicidad" (p. 603). Como en su sueño, el dinero es sólo el medio para acercarse a su prima, aunque lo que vaya a pasar no quede muy claro en su imaginación.

Don Manuel Flórez intuye lo sucedido, ante el cambio de Catalina tras la visita de su primo: "¡Ah, ya caigo, ya, ya!". Sin embargo no puede encontrar "la relación entre Nazarín y los conflictos pecunarios del descendiente de los Urreas" (p. 606). Pero, como ya se ha visto, el religioso es otro personaje subyugado también por Halma, y no ve en los súbitos entusiasmos de ella ni en sus "piadosos deseos de regenerar a su primo" más que una prueba más de su santidad. "Por eso mismo —le dice Catalina— por ser un enfermo del alma, le está perfectamente indicada la medicina de la caridad tutelar y educativa. ¿No estoy en lo cierto?" (p. 607). Y el sacerdote asiente sin dudas, como asentirá a todo lo que la dama sugiera.

A partir de lo anterior surge una verdadera intimidad entre los primos. Gracias a los propósitos santos de ambos, pueden verse cuando quieren, visitarse en sus casas, salir juntos, etcétera. Halma lo cuida "maternalmente", actitud que le devuelve la felicidad. Es curioso que "un degenerado social", como la voz externa considera a Urrea, se sienta tan feliz por el mero hecho de tener comida cada día, loza fina y armarios surtidos de ropa blanca (todo obra de Catalina). "Todo esto era como un sueño, como un paisaje fantástico de *Las mil y una noches*. Temía despertar y que tantos bienes desaparecieran" (p. 613). Sensaciones que más bien describirían a un tranquilo y ordenado personaje, ávido de una vida modesta y arreglada.

Urrea es el primero que comienza a llamar *Halma* a su prima, nombre simbólico, sin duda, que describe, en cierta forma, su relación primera con ella: "Con esta brevedad familiar, *Halma*, nombraba comúnmente el parásito a su prima" (p. 603). El amor —disfrazado— de José Antonio, tiene unas características muy peculiares: "Tú me has vuelto a la infancia —le dice a Catalina— a la inocencia, a la edad aquella venturosa en que correteábamos los dos por los andurriales de Zaportela. Soy y quiero ser un niño, y como niño, a ti que eres como mi madre, te confieso mis horribles pecados" (p. 614). En la relación entre los primos, José Antonio toma un papel infantil y se somete; Catalina manda. La situación es claramente edípica.³⁵ Para acentuarla más, Urrea atribuye a su prima caracteres virginales: "Tú eres mi confesor, mi altar; tú eres mi santa, mi Virgen santísima, mi..." (p. 614).

La prueba más dura para José Antonio es la separación de Catalina, cuando ésta parte para Pedralba, como ya se vio. El estado en que aquél queda es el que la dama desearía: triste y desolado, sin encontrar alivio posible; su intento de consolarse con amistades de otro sexo le resulta odioso, y cualquier intención de entretenerse fracasa. Éstas serían pruebas claras de su amor, para cualquier lector, y también lo son para Halma. Cuando Urrea llega a San Agustín, desobedeciendo órdenes, como era de esperar, camino de Pedralba, lo espera el propio cura del lugar, avisado por la propia Catalina de que "querrá venir a verme, con pretexto de recibir nuevas órdenes. De hoy o mañana no pasa" (p. 641). Cuando, devuelto a Madrid, desobedece una vez más, ha demostrado claramente la fuerza de su amor, y acepta todas las condiciones que se le impongan para quedarse en Pedralba. Entonces se manifiesta como un hombre comple-

³⁵ Galdós propone, en la historia de Urrea, las condiciones para que el complejo edípico se produzca. Habla de él como huérfano, pero sí se precisa la existencia, al menos en la edad temprana, de una madre afectuosa. Ante la ausencia de una figura paterna, bien pudo recaer su carga afectiva en la madre y dejar, así, establecido su complejo.

tamente enamorado, infantilmente enamorado, con una vehemencia tal, que podría considerarse un primer amor, algo tardío, y por eso tan apasionado.

Galdós ha descrito a Urrea como una figura un tanto donjuanesca. No hay una descripción física suya, pero sí se alude a un parecido con Feramor, del cual dice que era "bastante guapo" (p. 586). También se sabe de sus gracias para conquistar corazones "principalmente los de las señoras" (p. 508). Cuando Catalina sospecha de su vida amorosa, da en el clavo, y José Antonio rompe, no con una, sino con varias de ellas, sustentadas al mismo tiempo (cf. p. 632). El donjuanismo, o la permanente insatisfacción que lleva al hombre a cambiar constantemente de objeto sin amar a ninguno, está estrechamente ligado al complejo de Edipo.³⁶ De ahí podemos deducir que Urrea no se ha enamorado nunca antes. El amor que siente por su prima, obviamente edípico, es sólo espiritual en un principio, pero llega a ser tan fuerte después, que se convierte en una atracción completa. Los dos componentes del amor que han estado disociados en él, se han unido, y es capaz de sentir un amor total, que lo lleva al matrimonio. Sus rasgos edípicos han favorecido la relación con Catalina, la cual, como hemos visto, necesita imponerse a cuantos la rodean. Además, existe el precedente del primer matrimonio de ella, donde, no sólo regeneró al conde de Halma, sino que organizó la vida de ambos e hizo a su esposo objeto de su dominio.

Aunque José Antonio es un producto de la sociedad, la conoce bien y por eso llega a despreciarla (como Halma). Harto de ella, ve como un sueño poderse retirar a una vida nueva, cerca de la naturaleza. La idea —ciertamente romántica— del "hombre nuevo" empieza a arraigar en él: "Mi

³⁶ La fijación a la figura materna hace que el hombre sea atraído sexualmente por mujeres a las que no ama ni respeta, porque el amor espiritual está destinado únicamente a la madre. Así, la capacidad de amar queda disociada e incompleta. (Cf. SIGMUND FREUD, *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras completas*, t. III, p. 2589).

aspiración es volver a empezar; más claro: volver a nacer. Me he muerto; resucito hijo tuyo y esclavo tuyo" (p. 658).

Los religiosos

Tres son los religiosos de que me ocuparé aquí: Don Manuel Flórez, Nazarín y don Remigio Díaz. Los tres son personajes de segunda fila en *Halma*, pero por la relación que tienen con los hechos de la novela, creo que vale la pena dedicarles algún espacio.

Don Manuel Flórez del Campo (nombre bastante simbólico, según los usos de Galdós) está enfocado también desde dos ángulos. Uno, el externo, lo ve como un personaje superficial, el cura apuesto de la alta sociedad, que vive una vida agradable, complaciente y complacido, sin compromisos profundos de ningún género. Comparado (él mismo se compara) con los "místicos" Halma y Nazarín, resulta un sujeto vacuo e intrascendente. El otro, lo veremos después.

¿Nació esta figura en la mente de Galdós o tuvo como origen un sujeto real? Flórez relata que el propio escritor le regaló su novela, *Nazarín*, con una expresiva dedicatoria (lo cual supondría su existencia humana). A pesar de lo cual, el libro no le entusiasma: le parece fantástico y poco apegado a la realidad. Tampoco le interesa a Catalina: Quiere conocer al Nazarín *de verdad*: "El sujeto vivo dará más luz que una historia cualquiera, aun suponiendo que no fuese fantástica y tan sólo escrita para entretenimiento de los desocupados" (p. 605). (Una curiosa reseña de una novela dentro de otra novela, ambas del mismo autor). Sin embargo, en este juego de fantasía-realidad, tampoco tenemos que dar por cierta la historia de la dedicatoria a Flórez.

La primera vez que este personaje aparece en la obra, en casa del Marqués de Feramor, es un hombre de prestigio en todas las clases sociales, dulce, benévolo, modesto en sus pretensiones, con grandes dotes en el trato de gentes: "Un almíbar en el trato social, especialmente con las señoras" (p. 612). Independiente desde el punto de vista económico,

puede permitirse también cierta independencia social, la cual, unida a su elegancia natural, hacen de él un personaje atractivo. Su fuerza moral con sus feligreses es evidente: en su conversación con Feramor se muestra enérgico y casi imperativo; el caso es que, de peor o mejor grado, aquél acepta todas sus exigencias. Cuando el Marqués pone en sus manos a su hermana Catalina, sus intenciones son claras: espera que "nuestro buen amigo triunfará de tus manías" (p. 589). Y don Manuel llega "dispuesto a convencer a la misma sinrazón" (*id.*); pasa una tarde completa con la dama y... queda plenamente convencido por ella. A partir de este momento, él, como otros personajes de la novela, sufre un cambio evidente. ¿Qué ha ocurrido en la larga entrevista? Galdós no lo dice, pero no hace falta, porque es obvio. Catalina ha "conquistado" al religioso. Un convencimiento tan rápido y tan rotundo sólo puede deberse a motivos ultrarrazonables, motivos sentimentales. Por medio de su supuesto misticismo, Halma produce a su alrededor una erotización que lleva a los hombres más allá de lo que sus límites vitales parecían haber señalado, y a dejarse manejar por ella con increíble facilidad. No hay que olvidar que aun los sentimientos amistosos o tiernos proceden siempre de fuentes eróticas.³⁷ Para el buen Flórez este cambio va a ser el principio de su fin. Los dos personajes que se inmiscuyen en su vida tranquila, Halma y Nazarín, empiezan a confundirlo. Si ellos tienen razón en sus locuras ¿qué significado tiene toda su existencia de religioso?

La "conversión" de José Antonio es una de las pruebas que empiezan a asegurarle de la "verdad" de Halma, de su "santidad", de lo que realmente debe hacer un religioso. Sus tímidos intentos de dirigir a Catalina se ven sobrepasa-

³⁷ "Todos los sentimientos de simpatía, amistad, confianza, etcétera, que entrañamos en la vida, se hallan genéticamente enlazados con la sexualidad, y por muy puros y asexuales que nos lo representemos en nuestra autopercepción consciente, proceden de deseos puramente sexuales, habiendo surgido de ellos por debilitación del fin sexual": S. Freud, *Psicoanálisis aplicado*, p. 139.

dos inmediatamente por una admiración sin límites: "Esta doña Catalina es el demonio... ¡Qué barbaridad! Quiero decir que es un ángel, un ser extraordinario. Ya no me queda duda. Tiene mucho más talento que yo, sabe más que yo, y descubre cosas que nadie ve, que si al principio parecían disparates, bien examinados resultan con toda la hermosura y toda la grandeza de Dios. Cada día sale con una novedad. ¡Y qué ideas, Dios mío! ¿Qué me reservará para mañana?" (p. 609).

A instancias de Halma, don Manuel visita a Nazarín, y también se siente subyugado por él: "El misterioso apóstol árabe manchego le encantaba y cuanto más le veía más quería verle y gozar de su sencillez hermosa, de la serenidad de su espíritu, expresada con palabra fácil y concisa" (p. 616). Y más se confunde el pobre sacerdote en la comparación de lo que es su vida y la de Nazarín, en tratar de compaginar sus conocimientos religiosos con lo que ante sus ojos tiene. En sus conferencias con el manchego no llega a comprender muchas cosas, pero, sin embargo, reconoce la superioridad de él y se siente insignificante, humillado.³⁸

En este estado, don Manuel se convierte en cera blanda en manos de Catalina, la cual usa y abusa de él en su imperioso estilo. De ella nace la idea de arrancar a Nazarín de las manos de la ley, y aun de los de la Iglesia, para llevarselo a Pedralba. Flórez es un instrumento para todo, sin participación en las ideas. "No, si por más que usted discorra —le dice Halma— no puede adivinar lo que he pensado, lo que haremos, si Dios me ayuda" (p. 625). Aunque trata de convencerlo de que es él quien hace los planes, don Manuel no se engaña, ni tampoco la sociedad. Feramor lo ofende (¡él que tanto lo había respetado siempre!), haciéndole ver que es un instrumento en las manos de su hermana, en lugar de un freno para sus "extravagancias" (p. 627).

³⁸ "Yo creí ser de lo mejorcito, y ahora resulta que hay quien me da quince y raya. Pues reconozco mi insignificancia, o mi inferioridad manifiesta, y alabada sea la perfección dondequiera que se encuentre" (p. 623).

“El señor Marqués me mira desde la altura de su necedad y me humilla todo lo que yo merezco” (p. 629). Esto es el golpe final para él, que, inundado por la ira, comienza a enfermarse, hasta morir. Poco antes sueña con irse a Pedralba, con alejarse de la sociedad; es el deseo de descanso de las muchas luchas que tienen lugar dentro de su alma.

La larga agonía de Flórez muestra el violento desequilibrio de su espíritu. “Ellos están en la verdad, no yo”, se dice constantemente. Cree que ellos han hecho algo grande y significativo para el mundo y para Dios, y que sus propias actividades han sido inútiles: “[Dios] ha visto que no sirvo. . . que he llegado a la vejez sin hacer en el mundo nada grande ni hermoso, ni saludable para las almas” (p. 628). De un error de su credibilidad han nacido todas sus perturbaciones, error que más tarde el propio Nazarín señala. Flórez comprendió mal la caridad de Catalina (p. 677). En su candidez religiosa creyó a pies juntillas en el misticismo de sus amigos y lo tomó como forma ideal de vida, despreciando la suya, bastante más equilibrada y más real.

En los momentos que preceden a su muerte, muestra el otro ángulo positivo de su personalidad: no es sólo “el santo de salón” (p. 637), como él mismo se define; es el hombre bueno, profundamente humano, capaz de querer a los demás porque es capaz de quererse a sí mismo también, y que, en su extrema modestia, se muestra incapaz de reconocer sus propios valores, comparándose siempre con los “místicos elevados”, que le hacen sentirse inferior: “Usted es grande, señora condesa —dice a Catalina—; yo soy pequeño, tan pequeño que me miro y no me veo mayor que un grano de arena” (p. 628). Y así muere, con la idea errónea de una santidad que no es tal.

Nazarín

Según dice el propio Galdós en *Halma*, por boca del Padre Flórez, existe un Nazarín cuyos hechos se narran en la novela del mismo nombre, hechos totalmente nevescos y,

como tal, fantásticos e imaginativos, y un Nazarín "real", que es el que transita por las páginas de nuestra novela. No tenemos por qué considerar a uno más verdadero que el otro, a pesar de las palabras del escritor, pero sí podemos ver que el de *Halma* no es continuación del otro y que, ya sea una segunda etapa evolutiva de la figura, ya una independencia de la primera, tiene importantes diferencias con el anterior.³⁹ De todas formas, yo me ocuparé aquí exclusivamente del segundo Nazarín, sin tener en cuenta al primero.

En *Halma* es una figura muy secundaria, y de no ser porque le abre a Catalina los ojos ante el error, y por el prestigio de la novela anterior, casi pasaría desapercibido. Como personaje, directamente, no aparece hasta cerca del final de la novela, en la Cuarta parte. Antes se sabe de él a través de terceros: Urrea, don Manuel Flórez, los periodistas, la curiosidad de las damas, el interés de Catalina. Como figura un tanto escandalosa, sometida a proceso y evaluada por su posible locura, es un sujeto de moda, como lo podría ser un criminal o el actor de cualquier hecho llamativo y turbio, de los que gusta la sociedad. Ya hemos visto que unos le admiran, otros le ridiculizan, otros tratan de aprovecharse de su "prestigio". Es interesante que los periodistas que lo visitan comparen su religiosidad con el misticismo ruso

³⁹ Es frecuente que la crítica haya considerado a *Halma* como una continuación de *Nazarín*. Creo que es necesario analizar las dos novelas por separado, para ver que no es así. El hecho de que se repitan situaciones y personajes no es suficiente, ya que Galdós gusta de hacerlo así casi a lo largo de toda su obra (Cf. BERKOWITZ, *Galdós, Spanish Liberal Crusader*; ROBERT RICARD, "La segunda conversión en las novelas de Galdós, *Revista de Occidente*, núm. 10 (1964), pp. 114 y 118; MORÓN ARROYO, "*Nazarín y Halma: sentido y unidad*". Joaquín Casaldouero analiza las dos novelas como un todo en *Vida y obra de Galdós*, Madrid, Gredos, 1961: "La doctrina espiritualista, *Nazarín y Halma*", pp. 124-127.

(p. 619), cosa de que también se han ocupado algunos críticos,⁴⁰ y que, según Berkowitz, tanto molestaba a Galdós.⁴¹

La primera vez que Nazarín aparece directamente en *Halma* es en el pueblo de San Agustín, cerca de Pedralba, cuando José Antonio Urrea llega a casa del cura Remigio Díaz, donde se hospeda el manchego. Ambos, el cura y el visitante, lo atisban por una mirilla, y este último no puede reconocerlo: está vestido de clérigo, con gorro de terciopelo y sotana, sin barba. Trabaja calmadamente en un libro, *Discursos de la paciencia cristiana*, de Fray Hernando de Zárate, haciendo anotaciones. (Es muy curioso que esta obra, según recuerda Jacques Beyre, fue una de las lecturas de adolescente de Galdós).⁴² Más tarde, Halma ve como un castigo esta dedicación que se le impone en San Agustín: “—¡Buena le espera allí con las *Summas!*” (p. 672).

Lo que más llama la atención del carácter de Nazarín es la sumisión y la pasividad total. No parece querer nada, ni desear nada; no parece satisfecho ni insatisfecho; obedece y asiente a todo. Es la actitud típica de un sujeto que ha sufrido influencias hostiles ante las cuales no ha podido rebelarse, pero que sin duda le han producido conflictos internos. Así, llega a tal grado de “resignación”, que no es sino una forma aguda de neurosis. Se ha retirado de la batalla, ha renunciado a su voluntad personal, a los deseos sexuales, a cualquier anhelo terreno, con el fin de lograr la paz y la fuerza espiritual. Con ello deja de experimentar

⁴⁰ Cf. GÓMEZ DE BAQUERO, “*Halma, Nazarín* y el misticismo ruso”; VERA COLIN, “A note on Tolstoy and Galdós”, AG, II (1967), pp. 155-168, etcétera.

⁴¹ “In any event, he [Galdós] took offense at the discussion of possible Russian influence in *Nazarín*. It hirked him to be coupled with Tolstoy, and the subtle distinctions made between Slavic and Spanish mysticism irritated him”: BERKOWITZ, B.P.G.: *Spanish Liberal Crusader*, p. 319.

⁴² “Galdós s’arrête longuement à un texte dont on ne saurait dire qu’il le retenait par le seul prestige de ses qualités littéraires, *Discursos de la paciencia cristiana* de Fray Hernando de Zárate”: JACQUES BEYRE, *Galdós et son mythe*, Paris, Librairie Honoré Champion, 1980, t. I, p. 155.

deseos propios y cede fácilmente a los de los demás. En el fondo de todo esto, lo que el sujeto desea es hacer su voluntad, pero concibe la libertad en términos de no ser molestado interiormente y, cediendo exteriormente, puede lograrlo, poniendo una distancia emocional entre él y los demás y así evita el conflicto externo. "Su desapego primitivo sirve de este modo a su integración, pero tiene un significado muy positivo: el mantener intacta su vida interior".⁴³ Esto lo reconoce el propio Nazarín, y lo explica con claridad: "[Dios] te manda adversidades y amarguras para que con ellas puedas alcanzar tu completa reforma. Bendice la mano que te hiere, resignate, anúlale, y sentirás en tu alma un gran alivio" (p. 668).

Sin embargo, esta actitud casi autista que el cura muestra en San Agustín, varía visiblemente en Padralba, en presencia de Halma. Cuando, junto con don Remigio y Urrea, va llegando a la aldea y divisa muy a lo lejos las siluetas de Beatriz y Catalina, abandona su estupor y comienza a proferir fuertes voces de alegría (p. 647).

Al regreso de don Remigio a San Agustín, se le ofrece a Nazarín la posibilidad de volverse con él o quedarse con Halma; y él, "confuso, y casi con lágrimas en los ojos" reconoce que "hoy me quedaría, pues la señora Condesa así lo desea" (pp. 652-653). Después, a Urrea le declara sus sentimientos por Catalina: "Pienso, señor don José Antonio, que ser el último de los protegidos, o de los asilados, el último de los hijos, si se me permite decirlo así, de la Señora Condesa de Halma, constituye la mayor gloria a que puede aspirar un ser humano, sobre todo si es un triste, un solitario, un naufrago de las tempestades del mundo" (p. 646). Obsérvense los sentimientos filiales, que comparte con Urrea, y lo cálido y humano de su exaltación. Lo cual muestra que el religioso tiene una cierta consciencia de su situación mental, que le permite, al mismo tiempo, referirse con cierta facilidad a su propia "locura". Al tratar Urrea

⁴³ Cf. KAREN HORNEY, *Neurosis y madurez*, Buenos Aires, Editorial Psique, 1973, p. 279.

de quedarse en Pedralba, aunque sea en calidad de loco, Nazarín le responde: "¡Oh no! Para locos bastante tienen conmigo" (p. 655), aunque la inflexión irónica de su voz es prueba de que sabe más de lo que aparenta.

Una vez que José Antonio es admitido en Pedralba, se establece una buena relación entre él y Nazarín; comparten el cuarto, y el religioso se convierte en amigo y confidente del otro. Creo que el elemento común que liga a dos sujetos tan diferentes entre sí es la atracción que Halma ejerce sobre ambos, de igual manera que es Nazarín lo que establece la estrecha relación entre Catalina y Beatriz.

Un curioso posible antecedente de Nazarín podría ser, según Walter T. Pattison, el cura catalán Jacinto Verdaguer, limosnero primero del Marqués de Comillas y perseguido después por una serie de actos ilícitos y desobediencias a sus superiores. En su muy interesante artículo (cf. nota 31), el crítico revela el interés de Galdós por este personaje desde su visita a Barcelona en 1893 y después en 1896, cuando visitó a Verdaguer y le pidió su opinión sobre *Nazarín* y *Halma*, obras que le había enviado. (El catalán había leído la primera, pero no había tenido tiempo de leer la segunda). Inclusive Pattison piensa que Verdaguer pudo inspirar a Galdós los dos religiosos de *Halma*: El Padre Flórez —en la etapa que Mosén Jacinto pasó como limosnero del Marqués de Comillas, entre la alta sociedad— y Nazarín, en la etapa en que Verdaguer rompió sus lazos con la aristocracia y con casi todo el mundo. Aunque el artículo "Verdaguer y Nazarín" es apasionante y lleno de sugerencias, me parece que la personalidad del catalán es muy diferente —casi opuesta— a la de los dos personajes galdosianos. En primer lugar, en lo referente a sus "irregularidades" pecuniarias, una citada en el artículo mencionado⁴⁴ y otra, por lo menos, citada por él mismo, cuando "compró" una capilla sin tener "un centim ni gairebé de

⁴⁴ "No sólo repartió el dinero de los marqueses: tomó prestados fondos que más tarde —después de perder el apoyo de la familia aristocrática— no pudo reembolsar": *Verdaguer y Nazarín*, p. 539.

què fer-lo", atribuyendo el hecho a insinuaciones de los santos que en ella estaban.⁴⁵ En segundo lugar, en cuanto al carácter, los escritos *En defensa propia* nos muestran a un personaje agresivo, violento, implacable con sus perseguidores, sumamente ambicioso de bienes y puestos, que luchó terriblemente por recuperar lo que tuvo, pero que, por último, en 1898, se retractó públicamente ante el obispo de Vich y fue perdonado.

Otro aspecto de la personalidad de Verdaguer que lo diferencia claramente de los personajes galdosianos se revela a través de un sueño, de contenido fuertemente sexual, relatado por él mismo.⁴⁶

El hecho de que un personaje tan peculiar produjera tanta curiosidad en Galdós no es raro. Sabida es su afición por todo lo que a la naturaleza humana se refiere, y más si se trata de sujetos con particularidades fuera de lo común.

Cuando en Madrid estalla el escándalo por lo que en Pedralba sucede, es a causa de que la sociedad, encabezada por el marqués de Feramor, ve con malos ojos la presencia

⁴⁵ "Estant ja a punt d'anar-me'n vençut en la terrible batalla, m'afiguré que aquells sants que tant estimava sobretot la reina de tots ells amb veus imperceptibles per l'orella però no pel cor, em tractaven d'ingrat i em deien amb aire trist: I per nosaltres no faràs un sacrifici? ¿I no t'enpenyaràs per conservar-lo aqueix palau de nostra evangèlica pobresa?": JACINTO VERDAGUER, *En defensa propia*, en *Prosa antològica*, Barcelona, Editorial Selecta, 1952, p. 236.

⁴⁶ En su sueño, Verdaguer es casi estrangulado por una enorme serpiente que se enrosca alrededor de él y lo convierte en "un novell Laocont". Pide ayuda a gritos a la Virgen María y, finalmente, unos desconocidos cortan en horribles pedazos al animal. La serpiente, "símbolo el más importante del miembro viril" (FREUD, *Los sueños*, p. 562), unida a la angustia y a la sensación de parálisis, son signos claros de impulsos sexuales (*id.*, p. 552). La parálisis, al mismo tiempo, procede de un conflicto de la voluntad. La identificación con Laoconte, el sacerdote castigado por haberse casado a pesar de su sacerdocio, y la llamada a la Virgen completan el significado. La segunda parte del sueño, con la serpiente hecha pedazos, puede ser un sentimiento de castración. Sueño relatado por Verdaguer en "La calumnia", *En defensa propia*, pp. 207-210.

de Urrea en la comunidad. Esta voz de la sociedad, que ha acertado en muchas cosas, acierta también en suponer que su residencia allí no puede estar inspirada por fines altruistas. Es decir, la sociedad se anticipa a Nazarín al intuir que la relación Halma-José Antonio no es esencialmente religiosa. La diferencia es que, mientras la sociedad ve esa relación como irregular, el cura va al fondo de ella y descubre la pasión. En el discurso que éste dirige a Halma se muestra insospechablemente lúcido y muy conocedor de los intrincados repliegues de ella. Interesante es que culpe a don Manuel Flórez del falso misticismo de Catalina: "¿Quién le aconsejó a usted que renunciase a todo afecto mundano y que se consagrara al afecto ideal, al afecto puro de las cosas divinas? Sin duda fue el benditísimo don Manuel Flórez, hombre muy bueno, pero que vivía en las rutinas y andaba siempre por los caminos trillados" (p. 676). Pero aquí se equivoca Nazarín, o tal vez trata de encontrar un culpable en el error, ya que, en su inmensa admiración por Halma, no admite una equivocación en ella. Flórez había sido incapaz de dirigir a Catalina por ninguna parte, se había convertido en cera blanda en sus manos, y más bien había sido él el seguidor de la dama.

Todo el largo razonamiento con el que Nazarín revela a Halma el verdadero estado de su ánimo no es el de un iluminado, sino el de una persona con sentido común: "Yo no soy ni santo ni justo, señora mía, sino un pobre hombre, que por favor de Dios, ha sabido ver lo que nadie ha visto" (p. 677). Le muestra a Catalina que amó a su primo con amor humano, no divino, desde que se puso en contacto con él (p. 677), lo cual es la negación de toda posible conversión de Urrea; reconoce simples verdades, que se opondrían a su supuesto estado de iluminado: la imposibilidad de la perfección (p. 676); el valor de lo estrictamente humano ("no hay que despreciar lo humano, porque despreciaríamos la obra de Dios", p. 676); la libertad de la vida para fluir ("debe llevarse la corriente de la vida por su cauce natural", p. 678).

Cuando la condesa ha decidido su matrimonio con Urrea, le indica a Nazarín que ya puede ser dado de alta de su supuesta locura y reiniciar su vida independiente. "Y el mismo día de la boda salió de San Agustín el curita manchego" (p. 681). Su presencia ya no tiene lugar una vez que el erotismo de Catalina se ha revelado y ha tomado un cauce fijo y definido.

Remigio Díaz es en sí un personaje de poca importancia en *Halma*, pero como religioso completa la triple visión que Galdós nos da del sacerdocio: tres curas totalmente diferentes, en sus gustos, en su ubicación social, en sus metas, en sus ambiciones. Díaz es, sin duda, el más "terrestre" de los tres, el más joven y el que tiene menos vocación religiosa. La profesión que ha elegido ha sido una de tantas, que le pudieran ayudar a salir de la pobreza. Inclusive en su época de formación se sintió más atraído por otras cuestiones, como su tío Modesto (amigo de Flórez), relata.⁴⁷ Como cura de la iglesia de San Agustín, se siente arrinconado, en un destierro. Su *desideratum* es Madrid, "mi Madrid de mi alma, donde me crié, donde probé el pan del estudio y adquirí mis modestas luces!" (p. 647). Otros compañeros a los que considera inferiores tienen plazas en la capital. . .

Así como Flórez y Nazarín son personajes originales y singulares, Díaz es casi la tipificación del cura español de esa época, que tan frecuentemente describe Galdós: la espiritualidad brilla en él por su ausencia y, muy por el contrario, está obsesionado por todo tipo de cuestiones materiales; es sumiso y obediente con la autoridad, y representa lo que las mayorías definirían como "un sacerdote simpático". Él ha contribuido a domesticar a Nazarín: cuando se lo muestra a Urrea por el ventanillo, se simboliza la idea

⁴⁷ "Alguna guerra me dio cuando estudiaba, porque en la Universidad por poco me lo tuercen. Le tiraba más la filosofía que la teología, y su comprensión fácil, su talento flexible le encariñaron más de la cuenta con los estudios de materias filosóficas y sociales novísimas" (p. 636).

de una jaula; ante la mirada de ambos, parece repetir —por fuera— la imagen de Díaz: “Era un clérigo, vestido correctamente como don Remigio, con gorro de terciopelo y sotana” (p. 643). El cura de San Agustín declara haber conocido al manchego, desde antes, por “el libro [*Nazarín*] y sus inauditas aventuras cristianas”. Una alusión más a la mucha difusión que la novela galdosiana había tenido entre la sociedad de *Halma*.

La atracción que Halma ejerce en los hombres llega también a Díaz; en su admiración, la considera superior a Carlos V en su retiro, ya que, a diferencia de aquél, la dama está en sus mejores años y además ha renunciado a sus riquezas. Cuando se propone quedar al frente de Pedralba, como director material y espiritual de la “fundación”, existen fines ambiciosos, sin duda, pero el anzuelo de la compañía de Halma es fuerte, tan fuerte como para aceptar recluirse en una aldea, bastante inferior a San Agustín, y renunciar a “su Madrid de su alma”. Al descubrir la escapada de Urrea y su asentamiento en Pedralba, se indigna y comienza a tomar medidas: se informa con su tío sobre la mala reputación del joven y planea su “eliminación (no digo expulsión), la eliminación” (p. 665) de José Antonio de la finca.

La idea de una rivalidad entre don Remigio y Urrea está flotando sin concretarse. Es obvio que los dos desean Pedralba: uno, en el terreno material (aparentemente); otro, en el terreno erótico. Pero las fronteras entre los deseos nunca son líneas rectas indivisibles. Y una vez que José Antonio ha triunfado, su principal cometido es alejar al cura del lugar, para lo cual alimenta sus ambiciones: le consigue una plaza de ecónomo en Santa María de Alcalá (al lado de Madrid). Sus deseos son satisfechos, y así renuncia sin gran dolor a sus anteriores pretensiones. Ahí, únicamente ahí, coincide con *Nazarín*: Pedralba ya tiene un amo y todos los demás sobran; poco después de la boda, los dos religiosos abandonan la aldea para siempre.

No veo, en resumen, que Halma sea una novela mística, ni que ninguno de sus personajes lo sea tampoco. Creo que son esencialmente humanos, con todas las pasiones características, y hasta el mismo Nazarín se presenta como una figura práctica, adaptada, un tanto patológica, pero totalmente alejada de cualquier delirio supraterrrenal.

El error en la mezcolanza de sentimientos "espirituales" con sentimientos eróticos no es un tema nuevo en Galdós y me parece que necesita de mucho estudio todavía. Recuérdese que Ángel Guerra sufre un amor "místico" por Leré, como Urrea por Halma, y que es también un religioso, con palabras semejantes a las de Nazarín, el que le revela la verdad de sus sentimientos.⁴⁸ También, como Ángel, Catalina reconoce el error de sus sentidos. Aquél, a punto de morir, acepta que todos sus ensueños de vida eclesiástica no eran sino la forma de acercarse a la persona amada. "Declaro que la única forma de aproximación que en la realidad de mi ser me satisface, no es la mística, sino la humana" (*Ángel Guerra*, p. 464). Palabras semejantes a las de Halma, quejándose de su "espíritu entontecido con las ideas rutinarias" que le impedían percibir sus verdaderos sentimientos, a los que "echaba tierra encima, todo el material inerte que sacaba del hoyo místico en que enterrarme quería" (*Halma*, p. 677).

En la época en que Galdós escribe *Nazarín* y *Halma*, como hemos visto, época de una actividad febril, el escritor parece estar un poco fatigado de sus luchas y se atisba en él cierta nostalgia de un retiro bucólico, alejado del mundo y de la sociedad. Como Halma, agotada por toda clase de problemas; como Urrea, fruto típico de la sociedad y hartado, después, de ella; como Flórez, "el cura de salón", que comienza a soñar con Pedralba; hasta el mismo don Regino

⁴⁸ "La vocación de usted es una vocación contrahecha. La loca de la casa le engaña. Su inclinación a la vida mística no tiene más fundamento que el hallarse revestida de misticismo la persona de quien anda enamorado...": BENITO PÉREZ GALDÓS, *Ángel Guerra*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, 1952, p. 347.

fantasea con recluirse en la aldea. Catalina renuncia, al fin, a establecer una comunidad legal donde intervinieran "el cura, el médico y el administrador" (p. 677); es decir, las tres instancias sociales: la iglesia, la ciencia, las leyes. De esta manera Galdós está reflejando un estado de su alma y un ideal utópico a través de sus personajes. "Acaso la novela psicológica debe, en general, su peculiaridad a la tendencia del poeta moderno a disociar su yo por medio de la autoobservación en *yoes* parciales, y a personificar, en consecuencia, en varios héroes, las corrientes contradictorias de su vida anímica".⁴⁹

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Facultad de Filosofía y Letras.

⁴⁹ S. FREUD, *Psicoanálisis aplicado*, p. 16.